



Estudios Sociológicos

ISSN: 0185-4186

revistaces@colmex.mx

El Colegio de México, A.C.

México

Reseña de "Mitos nacionalistas e identidades étnicas .Los intelectuales" de Deni Ramírez Losada  
Estudios Sociológicos, vol. XX, núm. 3, septiembre-diciembre, 2002, pp. 742-748  
El Colegio de México, A.C.  
Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=59806012>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

NATIVIDAD GUTIÉRREZ, *Mitos nacionalistas e identidades étnicas. Los intelectuales indígenas y el Estado mexicano*, tr. de Graciela Salazar, México, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México/Plaza y Valdés/Conaculta-Fonca, 2001, 293 pp. 1a. edición en inglés: *Nationalist Myths and Ethnic Identities: Indigenous Intellectuals and the Mexican State*, Lincoln/Londres, University of Nebraska Press, 1999, 242 pp.

DENÍ RAMÍREZ LOSADA\*

Una mirada rápida podría llevarnos a concluir que se trata de un libro más sobre las permanentes fricciones o las conflictivas relaciones entre el Estado nacional mexicano y los diversos grupos étnicos que se encuentran dentro de sus fronteras. Una mirada más atenta nos descubre no sólo nuevas preguntas sobre el tema, a la luz de la profusión de trabajos sobre los desafíos que plantean las etnicidades dentro de los Estados-nación, sino nuevos retos teóricos y metodológicos que, quizás, ayuden a desentrañar el significado de dichos procesos.

La principal preocupación de Natividad Gutiérrez consiste en analizar los procesos de construcción de la identidad nacional en una sociedad multiétnica. Así, el libro se divide en dos partes. La primera dedicada a analizar los mecanismos institucionales por los cuales el Estado usa el pasado como una forma de facilitar la integración de una sociedad étnicamente diversa. La segunda examina la respuesta meditada de miembros educados de los grupos étnicos indígenas hacia una identidad nacional impuesta.

El estudio del caso mexicano, nos dice la autora, requiere de tres niveles de análisis. El primero, cívico, estriba en el examen del proyecto del nacionalismo cultural oficial el cual ha intentado, e intenta, construir una nación cultural y lingüísticamente uniforme a través de diversas políticas integracionistas y múltiples instituciones. De acuerdo con este proyecto, organizado bajo la égida del Estado mexicano, la educación gratuita y obligatoria de todos los ciudadanos juega un papel relevante en la difusión del nacionalismo estatal ya que al proveer e inculcar una historia —por demás oficial— y una identidad nacional únicas, el Estado-nación cumple dos de sus objetivos: primero, lograr la asimilación y socialización de toda la población del territorio nacional; segundo, homogeneizar creencias, estilos de vida y lealtades comunes para que sean compartidas y asumidas, por igual, tanto por la mayoría dominante, los mestizos, como por los cincuenta y seis grupos de indígenas.

A la luz del polarizado debate académico entre los “histórico-culturalistas” y los “modernistas”, representados por Anthony D. Smith y Ernest Gellner respectivamente, sobre si las naciones de hoy tienen un origen étnico e histórico o si sólo son producto de las condiciones modernas objetivas, a saber: revoluciones, Estado, industrialización, políticas integracionistas y educación masiva, la autora propone un

\* Profesora-investigadora en el Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

segundo nivel de análisis. Aplicando y complementando los argumentos de ambas teorías en el estudio del nacionalismo contemporáneo mexicano, analiza cuidadosamente, dadas sus cualidades implícitas ya imaginarias o ficticias, la mitología étnica y cívica derivada de la historia y la cultura de la nación pues dicha mitología constituye, también, un recurso apropiado para las políticas culturales del Estado.

Si bien desde la perspectiva “modernista” se puede demostrar el enorme peso que tienen las instituciones e instrumentos estatales (por ejemplo el sistema educativo, los medios de comunicación, los libros de texto, entre otros) en la transmisión, difusión e inculcación del nacionalismo, no menos cierto es que dicha perspectiva dice muy poco sobre la utilización y persistencia del pasado histórico y la originalidad cultural. Es por ello que para subsanar esta ausencia, la autora recurre a la perspectiva de los “histórico-culturalistas” quienes argumentan que los elementos subjetivos del pasado cultural, basados en la religión, etnicidad, simbolismo o mitología, constituyen el fundamento para entender el contenido ideológico de cada nacionalismo porque en la actualidad las naciones son reconocidas por su patrimonio cultural único, exclusivo y auténtico. Poseer una “cultura auténtica”, no menos renovada, reconstituida y reconstruida, desempeña una función decisiva ya que permite a los Estados-nación concebirse como una colectividad única que detenta un territorio, una historia y una cultura, también, únicas. Por ello, tanto el modelo del nacionalismo “cívico” como el del “territorial” requieren delimitar y buscar sistemáticamente los “mitos del origen y la historia compartida”, los cuales son apropiados a partir de mitos y símbolos de los grupos étnicos preexistentes o recombinados en nuevas matrices culturales.

Para la ideología del nacionalismo, la manipulación y evocación del mito del origen y de la descendencia resultan poderosas, ya que le da a la nación la antigüedad, continuidad y homogeneidad deseadas. En México, las ideas de un origen unificado y una común descendencia descansan en el mito mestizo, el cual no deja de ser ficticio, y en la mitología azteca, particularmente la narrativa y el simbolismo acerca de la fundación de México. Sin embargo, otra es la realidad. También existen mitos de origen en la memoria histórica de algunos pueblos indígenas. En consecuencia, coexisten dos tipos de etnicidad que reclaman poseer sus propios mitos de origen: por un lado, la historia étnica o el origen del grupo dominante (mestizo) y, por el otro, la acentuada heterogeneidad cultural y lingüística de los diversos grupos étnicos de pasado indígena.

La política oficial mexicana de integración nacional se fundamenta en dos mitos étnicos: Los mitos de fundación y los mitos de descendencia. Ambos son distintos. El primero corresponde a la fundación y establecimiento del centro hegemónico de México, México-Tenochtitlan, en detrimento y exclusión de otros grupos indígenas como los mayas, purépechas, mixtecos o mazatecos quienes también poseen sus propios mitos de origen y descendencia. Se puede decir que la función principal del mito de fundación es eliminar la fuerza centrípeta de las identidades étnicas locales. El segundo corresponde a la fabricación de un mito de ancestros comunes: el mestizaje, derivado tanto de los españoles como de los indios después de la conquista de México en 1521. Este último mito cívico de integración nacional tiene su culmina-

ción en el heroísmo del presidente Benito Juárez (1806-1872), quien es venerado porque era zapoteco, defendió su patria y sentó las bases del republicanismo.

Aquí podemos ver que los mitos son un ejemplo claro de cómo las sociedades le dan sentido a sus significaciones del mundo y a su propia vida dentro de éste, significaciones por demás enraizadas en el imaginario colectivo. Los mitos, como creencias sociales compartidas, no están sujetos a verificación y de su credibilidad dependen su eficacia y validez. Como parte de la memoria colectiva, basados en hechos reales o imaginarios tanto del pasado como del presente, expresan también la conciencia histórica de un pueblo. Fundacionales y renovadores de la nación, los mitos constituyen el andamiaje sobre el cual se construye ese halo de densidad y atemporalidad que ella necesita para poder ser, remiten al origen como meta y representan la fuga a un pasado que, en teoría, nos lleva a conocer “nuestras verdaderas raíces culturales”.

Sin embargo, estos motivos y esta narrativa selectivos no son fabricaciones intelectuales recientes, sino que pueden ser encontrados en cualquier parte a través del sistema educativo estatal y, más específicamente, a través de los libros de texto gratuitos de primaria distribuidos a lo largo y ancho de todo el país.

Pero ¿por qué analizar el contenido de los libros de texto del sistema público de educación? Muy sencillo, porque a través de los libros de texto gratuitos no sólo se estandariza la historiografía mexicana, sino que la nación se asume como un colectivo con un pasado étnico registrado. En la búsqueda de la culturalidad única todas las naciones, sin excepción, además de hacer hincapié en sus raíces históricas y mitológicas, ubican parte de su singularidad en las “glorias de su pasado”, “edades doradas”, o las “genealogías de descendencia”. En los proyectos de integración nacional las políticas educativas oficiales constituyen un aspecto crucial para recuperar, rehabilitar y proveer las narrativas mitológicas a fin de asegurar la cohesión social.

Para el caso del nacionalismo oficial mexicano es interesante constatar que la explicación y enseñanza del pasado nacional depende de la historiografía del pasado indígena, el cual se percibe como el origen del orgullo cultural. Sin embargo, dicho pasado es selectivo, expediente y revisionista acerca de la historia indígena. El objetivo es, desde luego, proporcionar un sentido de continuidad y unidad cultural de la sociedad mexicana, basado en la percepción de que la nación posee un “pasado colectivo” centrado exclusivamente en su historia azteca y en el pasado étnico compartido que descansa sobre el lado español de la cultura mestiza. De esta forma, el común denominador de la nacionalidad no sólo ha rechazado la diversidad del pasado de los pueblos indígenas, sino que ha subestimado la relevancia de sus culturas y de sus formas de vida en la actualidad.

Los contenidos de los libros de texto nos muestran que la meta de las políticas oficiales de educación más que enseñar una historia de manera “objetiva”, es la de inculcar una percepción de un México mestizo y para ello utilizan acontecimientos históricos seleccionados del proceso de construcción de la nación. Efectivamente, la historia y su enseñanza juegan un papel fundamental en los procesos de construcción de una nación porque desde la historia se explica el origen y evolución de la nación,

se reinterpreta el pasado desde el presente para esclarecer la situación actual, es decir, el mestizaje es el curso normativo para la integración nacional. En este sentido es importante destacar que el discurso histórico, o la referencia a una historia “naturalizada” y, por tanto, “autorizada”, resulta ser un recurso retórico y circular desde el cual la autoridad de lo “real”, en este caso la historia nacional, puede aportar el elemento de “realidad”, lo cual hace incuestionable a la nación misma porque ella se ha fraguado en la historia y, precisamente, la historia nacional está ahí para demostrarlo.

Es evidente el papel que juega la historia en la argumentación ideológica del nacionalismo estatal. Pareciera que, de un lado, en la enseñanza de la historia nacional, como memoria colectiva de un pueblo que ya existía desde los tiempos inmemoriales, es más importante constatar su capacidad para generar “realidad” que la veracidad de los argumentos en sí mismos. Del otro, que la historia sirve, también, para darle antigüedad a la nación moderna, o, como dice el menos conocido lugar común de Benedict Anderson: “¿Y si la ‘antigüedad’ fuese, en cierta coyuntura histórica, la *consecuencia necesaria* de la novedad?”

Natividad Gutiérrez nos recuerda que la política de integración nacional imbuida con copiosos símbolos mitológicos aztecas y mestizos asume, por un lado, que la continuidad histórica es común a la población étnicamente heterogénea y, por otro, que la nación comparte una unidad de linaje racial y cultural. Pero, se pregunta la autora, ¿cuáles son los puntos de vista y las percepciones de la población indígena *vis à vis* de dichos elementos selectivos e integradores? ¿Aceptan los pueblos indígenas un linaje putativo y mezclado, un héroe indio de unidad nacional? Dada la vitalidad y persistencia de las identidades indígenas, la autora articula y analiza el pensamiento indígena con relación al concepto oficial del nacionalismo mexicano que se sustenta en la mitología étnica.

Así, la colección y análisis de los puntos de vista y percepciones de los pueblos indígenas referentes al discurso nacionalista, constituye el tercer nivel. Gutiérrez utiliza las opiniones de una minoría de gente indígena que ha recibido una educación de nivel superior y sin embargo mantiene vínculos claros y definidos con el medio indígena. Los entrevistados se agrupan en dos categorías: intelectuales y profesionales, y estudiantes de educación superior. El primer grupo está compuesto por tres mujeres y siete hombres de diferentes grupos étnicos (tzotzil, tseltal, purépecha, maya, nahua, zapoteco y mixteco) de distintos estados del sur del país (Chiapas, Michoacán, Yucatán, Campeche, Tlaxcala y Oaxaca). Todos los hombres tienen grados académicos, y algunos tienen grados superiores en disciplinas que se relacionan con estudios de etnicidad, historia y desarrollo. La situación de las mujeres entrevistadas es distinta, dos han recibido entrenamiento en la enseñanza y en etnolingüística y la tercera posee un grado en antropología por parte de la Universidad de Yucatán. Todos desempeñan diversas actividades creativas y productivas, tienen gran experiencia en publicaciones y están relacionados con proyectos editoriales de naturaleza indígena.

El segundo grupo está formado, a su vez, por dos grupos de estudiantes que respondieron a un cuestionario, a diferencia de los intelectuales, que fueron entrevistados. El primero está compuesto por diez estudiantes de maestría (Maestría en Lin-

guística Indoamericana, impartida en el Centro para la Investigación y el Estudio de la Antropología Social de la Ciudad de México), de los cuales una es mujer y los nueve restantes son hombres. Ocho declararon que su lengua materna era una lengua indígena entre las cuales estaba el nahua, totonaco, chinanteco, triqui, chol y tzotzil. Los estudiantes pertenecen a zonas con altas concentraciones demográficas étnicas: Veracruz, Huasteca Potosina, Puebla, Oaxaca y Chiapas. El segundo grupo de entrevistados son estudiantes de la Licenciatura en Educación Indígena de la Universidad Pedagógica Nacional. De los 50 que respondieron el cuestionario, 27 son mujeres y 23 son hombres. La composición étnica incluye mixtecos, seguidos de tzotziles, nahuas, triquis, zapotecos y ñahñu. Son de cuatro estados con población étnica significativa: Oaxaca, Chiapas, Guerrero e Hidalgo. Todos, menos uno que declaró hablar solamente español, son bilingües en español y su lengua indígena materna. Cuarenta de los entrevistados han trabajado previamente como profesores de primaria.

Los datos empíricos son significativos para el estudio teórico de la identidad nacional mexicana ya que los grupos indígenas educados, analizados en el libro, asumen una postura crítica frente a los temas culturales y los mitos de integración nacional. Dos preguntas, a fin de evaluar correctamente el discurso crítico de los indios, guían éste tercer nivel: ¿persiste acaso el pasado indígena a pesar de la modernización?, y ¿puede un nacionalismo mexicano ser caracterizado como un fracaso ya que no ha podido erradicar a las identidades étnicas locales?

Las opiniones del grupo de los intelectuales y profesionales muestran cierta indiferencia, incluso extrañamiento, acerca del simbolismo diseminado por el Estado, pero están interesados en demostrar la importancia y supervivencia de sus propias mitologías y de sus propios héroes. Los profesionales desean construir imágenes positivas de sí mismos y transmitir las al resto de la nación; trabajar hacia la cohesión interna de los grupos étnicos; y reconocer que el poder de las mitologías es vital en la reivindicación de las culturas indias. Respecto de la experiencia del mestizaje, las respuestas revelan una severa crítica. Para ellos el mestizaje, desde el punto de vista biológico y racial, es una realidad que no representa ningún problema para los pueblos indígenas pero desde su revisionismo ideológico de unificación no ha aportado nada positivo a las sociedades indígenas. Al contrario, el mestizaje es visto en términos de conflicto y como una ideología del Estado que intenta diluir las identidades étnicas dentro de la identidad mestiza nacional. Por último, expresan que la historia y la cultura mestizas son un fenómeno muy reciente comparado con su historicidad indígena y autóctona.

Las respuestas de los estudiantes indígenas, referentes a la aceptación o rechazo de los símbolos nacionales de integración, no difieren mucho del primer grupo ya que expresan un sentido de alineación y de incertidumbre cultural con respecto al mito del mestizo. Ellos tampoco ven beneficios para los pueblos indígenas en el ideal de integración nacional y rechazan la asimilación y el mestizaje. Con relación a las tradiciones cívicas que recuerdan el proceso de formación del Estado, las respuestas reflejan un conocimiento positivo de la ideología común nacionalista, lo cual parece indicar que la información cívica y étnica, transmitida a través del sistema educativo estatal, no es un asunto que se deba dejar de lado al momento de estudiar la eficacia

de las estrategias de integración del Estado. Los estudiantes indígenas de los grupos étnicos no nahuas muestran un pobre e impreciso conocimiento sobre la cultura y la historia nahua o azteca. Los indicadores que utilizó la autora en este caso fueron temas o episodios de la historia mexicana, tales como el conocimiento de códices antiguos, de las instituciones básicas de la sociedad azteca, y algunas voces náhuatl como: *Quetzalcóatl*, *Huitzilopóchtli*, *tepozcalli*, *Malintzin*, *xiuhpohualli*, *teométl* y *tlamacazque*. Sin embargo, si aplicamos el mismo cuestionario entre los estudiantes mestizos ¿las respuestas serían muy diferentes?, ¿mostrarían mayor conocimiento? Me temo que no y ese es un ejercicio pendiente que arrojaría, quizá, resultados interesantes y sorprendentes.

Ahora bien, aunque las opiniones de los entrevistados deben entenderse en términos de respuestas individuales y no como si fuera una información expresada por colectivos étnicos con los cuales se identifican los individuos, es importante tomarlas en cuenta, porque al igual que sucede en la fase moderna de construcción de la nación, los intelectuales indígenas juegan un papel vital al coleccionar, reformar, recombinar, idealizar, romantizar y organizar el contenido de la memoria étnica. Y, como también sucede en la fase moderna de construcción de la nación, la retórica ideológica del intelectual indígena resulta ser una búsqueda interminable por la fuente de la identidad primordial, una búsqueda sistemática de su etnocentrismo. Las propuestas concernientes a la rehabilitación de la “subjetividad étnica” (memoria histórica, mitología), revelan no sólo la imposibilidad de recuperar información prehispánica intacta de los pueblos, sino que este conocimiento ha sido severamente erosionado por los diversos contactos e interacciones con otras culturas y civilizaciones y, por tanto, no se mantiene “robado y escondido” como proponen algunos intelectuales y profesionales indígenas. Llama la atención que la búsqueda del conocimiento “robado y escondido” (p. 171) trasluce cierta reificación y esencialización de las culturas de los grupos étnicos. La supuesta identidad de origen niega, por sí misma, el carácter procesual de las construcciones identitarias.

En el estudio destacan respuestas como “Pero no es un problema de los indios: es un problema de los mestizos porque no tienen historia y andan buscando una” (Franco Gabriel, sociólogo mixteco) (pp. 190-191) o “Quisiera enseñarles a los mestizos que no tienen historia” (un estudiante posgraduado). Las respuestas ponen en evidencia el juego de las relaciones mutuas y dependientes entre identidad y alteridad. La construcción del “nosotros”, la identidad, pasa por la construcción primera del “otro”, la alteridad, es decir, la construcción de un nosotros siempre se hace a través de la mirada hacia los “otros”. Mirada que, en realidad, dice menos sobre los “otros” que de “nosotros” mismos porque, en la lógica de la alteridad, una vez que se inventa la diferencia, su propia lógica nos atrapa pues el rostro de la diferenciación se transforma en nuestro propio rostro. Las representaciones de la alteridad trasminan las imágenes de nuestra propia identidad. Identidad que resulta en permanente cambio porque la representación de la alteridad también está continuamente construyéndose, destruyéndose y reconstruyéndose. En consecuencia, la alteridad no es sino una excusa para expresar, por contraste, un texto sobre nuestra propia identidad y, en el ámbito de los intereses de poder, resulta necesaria para negociar posiciones ventajosas.

Un argumento de gran interés desarrollado en el libro es que el surgimiento actual de la etnicidad dentro del Estado nacional mexicano, debe explicarse no por la permanencia de tradiciones ancestrales o continuidades ininterrumpidas, sino por la utilización que han hecho las etnias mismas de la modernidad. Es decir, la imposición de una enseñanza estandarizada, de un idioma común o de una tecnología, no propició la asimilación y desaparición de las identidades étnicas; al contrario, dichos mecanismos contribuyeron a que los individuos educados e indígenas retomaran y transformaran los beneficios educativos a fin de buscar y recrear sus propias identidades. Paradójicamente, el acceso a la tecnología ha servido para que la etnicidad más que desaparecer se fortalezca, amplíe y reconstruya dentro de una vida social más amplia. Desde luego, este proceso no ha desembocado en movimientos nacionalistas, ni ha cristalizado en un proyecto etnopolítico que busque la autonomía o la separación del Estado central.

En el caso de México, dicho proceso supone, más bien, que los actores sociales de los grupos étnicos están transformando tanto sus relaciones de pertenencia con sus lugares de nacimiento, como con la nación. Ello se pone de manifiesto no sólo en los pronunciamientos de agrupaciones de maestros y profesionales indígenas a partir de los años setenta, sino en el reciente trabajo literario de las mujeres indígenas escritoras quienes han creado nexos entre el pensamiento indígena, tal como se representa por las tradiciones orales, y las condiciones modernas prevalecientes (la prensa escrita). Aunque los trabajos de las mujeres indígenas escritoras aún no tienen gran difusión dentro de sus lugares de nacimiento (en sus localidades), no dejan de ser importantes porque, en la elaboración de un discurso de defensa cultural y de autoprotección, ellas, al igual que sus escritos, contribuyen a construir conceptos e imágenes positivas de las identidades indígenas contemporáneas basadas en la continuidad histórica, el estar al tanto de sus ancestros y un sentido de pertenencia a una patria pequeña.

Sin duda, estamos ante un excelente trabajo de obligada lectura para todos aquellos interesados no sólo en los desafíos que representa la etnicidad en los Estados-nación contemporáneos, sino en los interesados en los procesos de construcción de la identidad nacional en una sociedad multiétnica. El libro de Natividad Gutiérrez nos obliga a pensar nuevos y frescos caminos para estudiar el muy gastado tema del nacionalismo.